



8-189

RENAN EN LA POLÍTICA

Con motivo del primer centenario del nacimiento de Ernesto Renan los más de la turbamulta que se han creído obligados a decir algo del gran escéptico sin haberle estudiado lo bastante se han atenido a su tipo legendario, al Renan estereotipado para uso de creyentes y de incrédulos. Y también se ha dicho alguna cosa de su relación a la política de su patria y de no haber podido obtener una representación parlamentaria.

Que Renan sentía la política es innegable; era, al fin, un historiador de historia viva y no un mero arqueólogo. Basta leer su «Historia del pueblo de Israel» para comprender que Renan sentía la política en el Tercer Imperio Napoleónico y después de él. Y actuó en ella. Vaya si actuó! Con sus libros.

En la *Revue des Deux Mondes* del 15 de setiembre de 1870 publicó un artículo sobre la guerra entre Francia y Alemania en que decía: «Una de las cuestiones que un espíritu curioso se pone lo más amenudo al reflexionar sobre la historia contemporánea es la de saber si Bismarck es filósofo, si ve la vanidad de lo que hace sin dejar de trabajar con ardor o bien si es un creyente en política, si se deja engañar por su obra (*s'il est dupe de son oeuvre*) como todos los espíritus absolutos y no ve su caducidad. Me inclino a la primera hipótesis, pues me parece difícil que un espíritu tan completo no sea crítico y no mida, en su acción la más ardiente, los límites y el lado débil de sus propósitos.»

Estas palabras definen la posición del gran escéptico respecto a la política. Por ellas se ve que concebía que se trabaje en ésta con ardor, y nos atrevemos a añadir que con fe, pero con fe de crítico, o sea de escéptico. Es decir, honradamente. Porque todo lo demás es fanatismo.

Un año después, en 15 de setiembre de 1871 dirigía Renan una carta a David Federico Strauss—el de la otra «Vida de Jesús»—en que le decía estas tremendas palabras: «Este Universo es un espectáculo que un dios se da a sí mismo. Sirvamos las intenciones del gran Corego

contribuyendo a hacer el espectáculo tan brillante y tan variado como nos sea posible.»

¿Es que el autor de esta frase, de que harán como que se escandalizan los pedantes de la acción y los hipócritas de ella, no sentía profundamente su ciudadanía y su patriotismo político? Al contrario; lo sentía profundísimamente, con ardiente fe de escéptico, que es la fe siempre despierta así como la del dogmático es dormida. Ó más bien no es fe.

Para lo que no servía Renan es para político de partido de comité y sin idealidad alguna.

Como en una ocasión preguntándome un diputado a Cortes—es decir, uno que por excepción es político—por qué no me lanzaba resueltamente a la política—y quería decirme que por qué no me rebajaba a presentarme yo mismo, desvergonzadamente, candidato por tal o cual distrito y sin que se me requiriera—le dijese yo que hago política y más política que los más de los profesionales de ella—más que el que más de ellos añado—, me respondió: «¡sí, política literaria!» ¿Es que va uno a firmar un manifiesto más: «Al país» y a levantar banderín de enganche para que vengan a apuntarse los que luego saldrán con que se les ayude a ser diputados o concejales o siquiera celadores de consumos?

No sabemos si cuando Renan aspiró a una representación popular—y este fué en él un pecado como otro mayor en los franceses no habérsela conferido sin solicitarla él—prometió hacer carreteras o resolver expedientes administrativos o cosas por el estilo. Pero su posición crítica—escéptica ¿le habría servido en la política parlamentaria? Creemos que sí.

A Renan le faltó, se dirá, ese *descarado heroísmo de afirmar*, que es, como dice Eça de Queiroz al fin de «La Reliquia» el que crea, a través de la universal ilusión, ciencias y religiones». Pero para la política dogmática lo que hace falta no es el descarado heroísmo de afirmar sino el desvergonzado atrevimiento de mentir. No puede con probabilidades de éxito solicitar los sufragios de sus conciudadanos y decirles: «Aquí estoy yo para representaros» o lo de: «Cediendo a insistentes ruegos de mis amigos políticos etc.» sino el que se sienta capaz de mentir con heroico valor. Los demás sirvamos las intenciones del gran Corego del Universo, yendo a donde la patria nos llame y nos lleve y el pueblo nos quiera.

MIGUEL DE UNAMUNO

